

¿Ruptura o simple renegociación del contrato social?

El estado cambiante de las relaciones intergeneracionales en el Reino Unido*

DYLAN KNEALE*

RESUMEN

La relación entre generaciones está sometida a una tensión creciente como consecuencia de las dificultades que afrontan las generaciones jóvenes y mayores actuales para comportarse como las que les han precedido. Los jóvenes británicos han visto aumentar mucho los obstáculos para transitar hacia la independencia del hogar familiar y desarrollar sus propias vidas, mientras que muchos mayores se retiran del mercado de trabajo no tanto para descansar tras cumplir sus trayectorias laborales, sino para asumir nuevas obligaciones en la prestación de apoyo y cuidados a otras generaciones. Aunque estas nuevas funciones de los mayores no se están analizando (y valorando) suficientemente, en general, las políticas públicas se han orientado más a proteger de los cambios a los mayores que a los jóvenes. Ello puede acentuar las distancias de los segundos respecto de los primeros, además de provocar la desafección juvenil hacia las instituciones y los actores políticos.

El Reino Unido se ha visto recientemente barrido por desórdenes civiles generalizados, como las revueltas que se repitieron a lo largo del año 2011 y afectaron a las principales ciudades de Inglaterra. Estos disturbios destacaron por su proporción y violencia; pero también por constituir un fenómeno particularmente inglés, ya que Escocia, Gales e Irlanda del Norte quedaron relativamente al margen de ellos.

* Traducción del idioma inglés de Carlos Luengo.

* International Longevity Center, Londres (dylankneale@ilcuk.org.uk).

Los analistas sociales se apresuraron a ofrecer diversas explicaciones de los disturbios. Birch y Allen (2011) agrupan las causas de estas revueltas en torno a tres polos: 1) factores económicos, en concreto, la pobreza y la desigualdad; 2) factores normativos o asociados a valores, entre los que figuran la ruptura con los valores familiares tradicionales; y 3) factores políticos, que remiten a la clase política británica y a un cierto número de escándalos de alto nivel en los cuales estaban involucrados políticos y banqueros², y que habrían puesto de manifiesto la pérdida generalizada del rumbo

² Escándalos que involucraban a personalidades políticas en relación a gastos incurridos; concretamente, varios miembros del Parlamento habían reclamado de forma fraudulenta la cobertura de gastos falsos. Estos escándalos se saldaron con el cese y, en algunos casos, la prisión, de varios parlamentarios, tanto de la Cámara de los Comunes (el equivalente del Congreso de los Diputados en España), como de la Cámara de los Lores (el equivalente del Senado en España). A ello se añadió la quiebra moral de los banqueros como resultado de la crisis financiera, aunque fueron pocos los banqueros individuales que se significaron en el Reino Unido, con la notable excepción de Fred Goodwin, ex Sir Fred Goodwin, Consejero Delegado del Grupo Royal Bank of Scotland (RBS), durante un breve periodo de tiempo uno de los bancos más grandes del mundo. A raíz del colapso del RBS, dos años antes de los disturbios de 2011, Goodwin fue muy criticado por el importe exagerado de su pensión (más de 700.000 libras esterlinas [unos 840.000 euros] al año, su negativa a aceptar una pensión más baja pese a las críticas generalizadas y el uso de *super injunctions* (medidas cautelares) para bloquear la cobertura mediática de factores que podrían haber deteriorado aún más su mala imagen en el periodo inmediatamente anterior a la quiebra del RBS.

moral de la sociedad. En cierto sentido, el deterioro de las relaciones intergeneracionales puede considerarse como el mecanismo teórico en el que se basan los tres factores explicativos planteados por Birch y Allen (2011), especialmente teniendo en cuenta que, según las estimaciones iniciales, tres cuartas partes de los alborotadores tenían 24 o menos años de edad (Quilty-Harper *et al.*, 2011).

Ya por sí solo, el perfil de edad indicaba que los disturbios respondían al malestar juvenil, pero pronto los factores explicativos de las revueltas se fueron ampliando y profundizando. Por ejemplo, la falta de oportunidades económicas y de otro tipo que sufren los jóvenes se contraponen a menudo con la abundancia de las oportunidades económicas de que disponían los miembros de la generación del *baby boom* (en el Reino Unido, los nacidos entre 1945 y 1960), extremo este que provoca latentemente la confrontación de los intereses de generaciones jóvenes y maduras. También las explicaciones de las revueltas basadas en los valores, así como la imagen de una “sociedad rota” y la insistencia en las “familias desestructuradas”, según el retrato del primer ministro David Cameron (BBC News, 2011), son indicios de la falla en los cimientos morales de las generaciones más jóvenes provocada por el debilitamiento de las relaciones intergeneracionales (familiares). Por último, la falta de confianza en la clase política y en otras instituciones también puede verse desde la perspectiva de una ruptura de las relaciones intergeneracionales, por el evidente sentimiento de enajenación de los jóvenes con respecto a instituciones consolidadas, lo que contribuye a la percepción de la ya mencionada brecha en los cimientos morales entre generaciones. Asimismo, dado que la edad media de los parlamentarios británicos tras las elecciones de 2010 era de 50 años, y que ninguno de los políticos que entraron en el parlamento en 2010 contaba menos de 25 años (Cracknell *et al.*, 2011), la desafección política de los jóvenes equivale invariablemente a su desafección hacia una institución representativa de una generación mayor que, por lo demás, no representa ni étnica ni socioeconómicamente a la población.

A esta falta de armonía intergeneracional se han referido asimismo algunos políticos (por ejemplo, Willetts, 2010) y analistas políticos (por ejemplo, Howker y Malik, 2010) en publicaciones recientes (también Freeland, 2010), aun sin relacionarla con los disturbios. Ahora bien, estas aproximaciones son indicativas de la tendencia a enfrentar a unas generaciones con otras en el discurso intergeneracional. Ciertamente, hay razones

para suponer que los cambios económicos, sociales y de otro tipo provocan que a los jóvenes les resulte más difícil que a generaciones previas la incorporación al mercado de trabajo, la transición desde la enseñanza superior y la independización del hogar de la familia de origen. No obstante, también hay razones para creer que estos cambios supondrán un desafío para las generaciones mayores. Algunos autores argumentan que enfrentar entre sí a las generaciones no aporta nada al debate (Willetts, 2010), pero, en general, se aprecia una tendencia a ignorar de qué manera los cambios en las experiencias de la gente joven podrían afectar a las generaciones previas, y a obviar que quizá estas tengan que hacer más por ayudar a los jóvenes de lo que hicieron sus padres. Dicha ayuda podría adoptar la forma de asistencia económica directa, aunque podría materializarse de muchas otras maneras, como la de facilitar un lugar para vivir.

Del mismo modo, una consecuencia indeseada de enfrentar a generaciones jóvenes y mayores es pasar por alto el hecho de que la generación mayor está formada por grupos de personas en fases muy diferentes del ciclo vital. Por ejemplo, estamos asistiendo a la emergencia de la “generación sándwich”; esto es, adultos en edad de trabajar y con familiares a su cargo, ya sean niños, jóvenes o ancianos. De esta generación sándwich también forma parte de generación del *baby boom*. La insuficiente atención al cambio de funciones de los trabajadores mayores –incluyendo sus mayores responsabilidades en la prestación de cuidados– quizá obedezca al escaso valor que otorga la sociedad a tales responsabilidades, así como a otras asumidas por las personas de más edad. Sea cual sea la razón por la cual se ignora este cambio, una consecuencia que conviene destacar en este momento inicial del movimiento hacia una creciente dependencia familiar de los más jóvenes es que se circunscribe, en gran medida, a los que forman parte de familias con capacidad económica y socialmente dispuestas a prestar este apoyo, dejando en la cuneta a todos aquellos jóvenes que no pueden recurrir a él. En última instancia, en ausencia de apoyo estatal a quienes no cuentan con ningún tipo de ayuda familiar, podríamos asistir a un creciente aumento de los niveles de desigualdad en las generaciones jóvenes.

En este artículo identifico las principales áreas de divergencia intergeneracional presentes en la literatura y esbozo algunas de las conclusiones clave halladas en las aportaciones que examinan estos temas. Señalo asimismo las tendencias actuales en torno a las áreas de divergencia inter-

generacional usando datos de la Encuesta-Panel de Hogares Británica (*British Household Panel Survey*, BHPS) recogidos entre 1991 y 2008 (así como también de otras fuentes) y analizo algunas de las políticas aplicadas en estos ámbitos.

1. EL CICLO VITAL, LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES Y EL CONTRATO INTERGENERACIONAL

En el Reino Unido, una gran parte del discurso sobre las relaciones intergeneracionales está estructurado en torno al conflicto intergeneracional y a la “equidad” entre generaciones. Un enfoque alternativo, más matizado, consistiría en adoptar el punto de vista del ciclo vital a la hora de examinar las relaciones intergeneracionales. Este enfoque llevaría a cuestionar si las fases del ciclo vital abiertas a cohortes anteriores se mantienen abiertas a cohortes posteriores en puntos similares, y pueden lograrse en una secuencia similar, en lugar de comparar directamente el capital social y económico construido por las distintas generaciones. Por ejemplo, la aplicación de un enfoque del ciclo vital al estudio de las relaciones intergeneracionales supondría plantearse si las oportunidades en el mercado de trabajo están abiertas a las nuevas generaciones de adultos, y en las mismas circunstancias, con retos y beneficios comparables a los que conocieron las generaciones anteriores.

Lógicamente, la adopción de un enfoque del ciclo vital conllevaría estudiar el contexto social e histórico, así como también el impacto que adquieren los efectos contextuales en las fuerzas sociales en diferentes niveles sociales (Elder, 1994). Puesto que las consecuencias de decisiones tomadas en los primeros años de la edad adulta, y las fuerzas que estructuran e influyen en dichas decisiones, tienen repercusiones que se prolongan hasta la vejez, es importante considerar si las oportunidades del ciclo vital se distribuyen equitativamente entre generaciones. Una valoración cabal de tales oportunidades escapa al objetivo de este artículo, aunque sí cabe iniciar aquí el examen de alguna de estas cuestiones mediante análisis descriptivos. Además, si bien el enfoque del ciclo vital se ha empleado tradicionalmente para centrarse en los jóvenes y en su transición hacia la edad adulta en el marco del estudio de las relaciones intergeneracionales, no hay ninguna razón para que este enfoque no pueda ampliarse al examen de los cambios (consecuentes) en las vidas de las personas de mayor edad.

2. MARCADORES DE LA TRANSICIÓN EN EL CAMINO HACIA LA EDAD ADULTA

Los marcadores representativos de la transición hacia la edad adulta entre los jóvenes se refieren principalmente al proceso de independización. Convencionalmente, estos marcadores incluyen las transiciones desde la enseñanza a tiempo completo, la incorporación al mercado de trabajo, la transición hacia una vivienda independiente y las transiciones hacia la primera experiencia de vida en pareja y de paternidad/maternidad³. Los próximos apartados se centran en asuntos clave relacionados con esas transiciones (en particular, con las tres primeras): la vivienda, la educación y el empleo, y el cuidado a aquellos familiares que lo precisan.

2.1. Los problemas intergeneracionales y la vivienda

La vivienda se ha convertido en un asunto clave del conflicto intergeneracional en el Reino Unido. Actualmente, los jóvenes tienen que hacer frente a un déficit de vivienda independiente, estable y asequible. En el pasado reciente, se han registrado subidas sin precedentes en el coste de la vivienda, encareciéndose de media un 82 por ciento entre 2002 y 2008 (DCLG, 2011). Desde entonces, los precios generales han caído por el desplome del mercado de la vivienda. Ahora bien, cualquier ventaja potencial para los jóvenes que desean acceder a una vivienda se ha visto efectivamente coartada por las menores tasas de concesión de préstamos hipotecarios por los bancos (Aldrick, 2010) y la exigencia de una entrada más elevada (Butterworth, 2010). Las diferencias en las pautas de flujos patrimoniales y de sucesión (Ross *et al.*, 2008), así como en las de ahorro y endeudamiento (Berry, 2011a), también plantean desafíos a los jóvenes a la hora de adquirir una vivienda, al igual que para acceder a una vivienda de alquiler privado. Se afirma que muchos de estos problemas se deben al efecto de una escasa oferta de viviendas, pero también a una desigual distribución entre generaciones del parque de viviendas existente (Griffith, 2011).

Como resultado de estos procesos, en la actualidad es más probable que los jóvenes pospongan la transición permanente hacia la vivien-

³ Véase, por ejemplo, Kneale y Sigle-Rushton (2010).

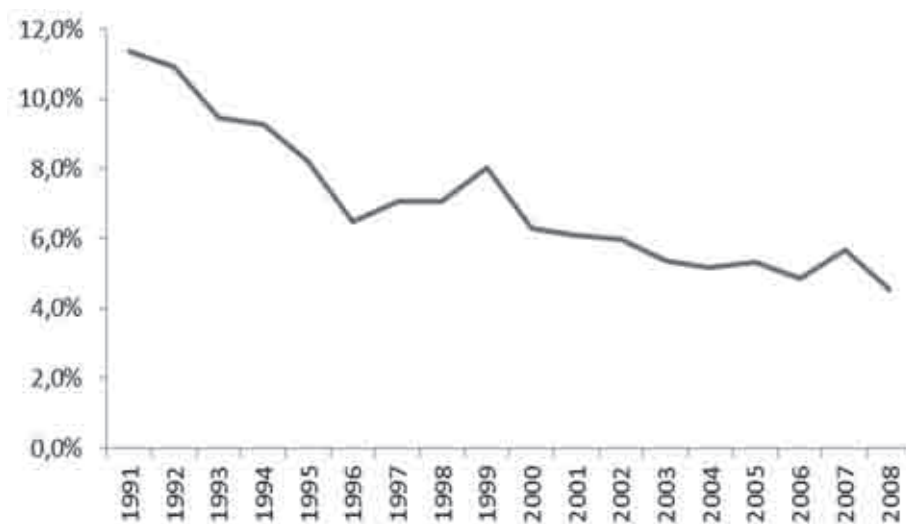
da independiente, se muden a viviendas privadas con alquileres relativamente altos en su primera experiencia de hogar independiente y tengan bastante más edad cuando compran su primera casa (Kneale *et al.*, 2010). Esto puede observarse en los análisis de la BHPS. Esta última es una encuesta de ámbito nacional realizada con una muestra representativa de hogares británicos que recopiló datos entre 1991 y 2008, año en que fue incorporada al Estudio Longitudinal de Hogares Británico, conocido por el nombre de *Understanding Society*. Como se desprende del gráfico 1, el porcentaje de jóvenes con vivienda en propiedad (ocupada por su dueño) se redujo en el grupo de edad de 16 a 24 años: el porcentaje de viviendas en propiedad cayó concretamente a la mitad, pasando del 11 por ciento en 1991 a menos de un 5 por ciento en 2008. Entre esos dos años, como se aprecia en el gráfico 2, el porcentaje de viviendas en propiedad también se redujo significativamente en el grupo de 25 a 34 años, mientras que registró un aumento en todos los grupos de edad de 45 o más años (en el gráfico solo se consigna la información del grupo de 55 a 64 años).

Cuando examinamos la composición de los hogares en el grupo de edad de 25 a 34 años, la

proporción de personas que residían en hogares multigeneracionales (con sus propios padres o familiares de mayor edad, o con sus propios hijos) apenas varió entre 1991 y 2008, lo que sugiere que el descenso en el porcentaje de viviendas en propiedad podría haberse visto compensado con un aumento de viviendas de alquiler privado y otras modalidades de vivienda, más que con un aplazamiento de la salida del hogar paterno. La vivienda de alquiler privado, además de relativamente cara, se asocia a contratos de corta duración y, en el 30 por ciento de los casos, a un inmueble que no cumple los estándares mínimos para considerarse una vivienda digna (DCLG, 2006). El menor poder adquisitivo de los grupos de edad más jóvenes vendría a exacerbar estos problemas. Al fijar la atención en el grupo de edad más joven (16-24 años), se observa un aumento sustancial de la proporción de residentes en hogares multigeneracionales, lo que indica que este grupo sí ha estado aplazando su primera salida del hogar paterno. Sin embargo, este aumento podría enmascarar el hecho de que los jóvenes estuvieran abandonando el hogar familiar a edades similares, pero durante periodos de tiempo mucho más cortos, trasladándose a residencias estudiantiles, pero sin dejar de formar parte del hogar familiar original o usando la casa de

GRÁFICO 1

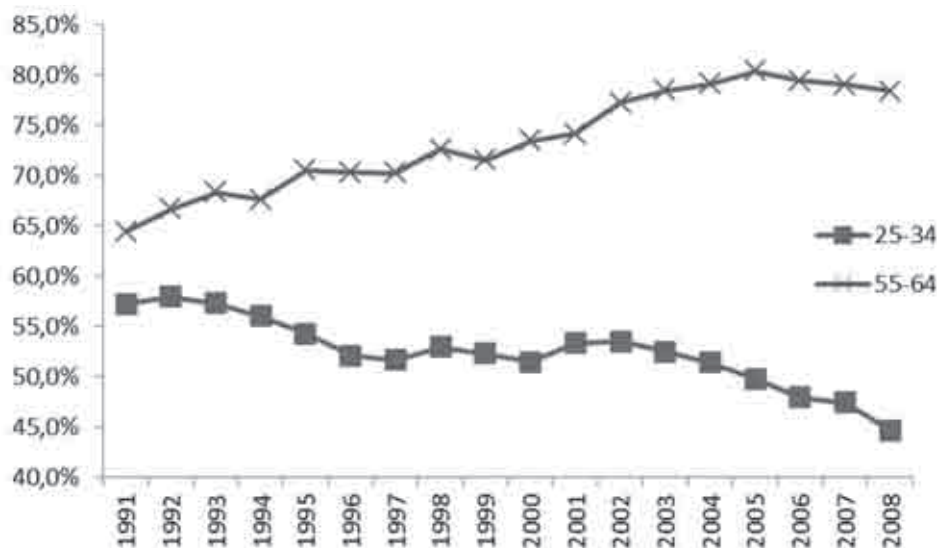
EVOLUCIÓN DE LAS VIVIENDAS EN PROPIEDAD ENTRE JÓVENES DE 16 A 24 AÑOS (1991-2008)



Fuente: British House Panel Survey.

GRÁFICO 2

EVOLUCIÓN DE LAS VIVIENDAS EN PROPIEDAD ENTRE INDIVIDUOS DE 25 A 34 AÑOS Y DE 55 A 64 AÑOS (1991-2008)



Fuente: British House Panel Survey.

los padres más bien como base de operaciones en una serie de movimientos bumerán (de tal modo que regresan a ella tras breves estancias en cualquier otro lugar) (Kneale *et al.*, 2010).

Actualmente, casi un tercio del parque de viviendas en el Reino Unido se encuentra en manos de una persona en edad de jubilación. De estos hogares, en torno a un 10 por ciento de sus propietarios vive en alojamientos específicos para ancianos, mientras que el 90 por ciento restante reside en viviendas para fines generales. Las últimas pautas observadas entre las personas mayores muestran una tendencia gradual a una creciente infraocupación del espacio de las viviendas en los hogares encabezados por personas de 65 o más años (Kneale, 2011); en 2007, había casi dos dormitorios por persona en dichos hogares; en cambio, en los hogares encabezados por personas de 16 a 29 años de edad, esa proporción se situaba en torno a un dormitorio por persona, con una tasa todavía más baja entre los inquilinos de viviendas sociales. La infraocupación del espacio de las viviendas de las personas mayores constituye un asunto central del diálogo intergeneracional en los últimos tiempos.

Explorando las pautas de vivienda entre generaciones jóvenes y mayores desde la perspectiva del ciclo vital, se aprecia que la vivienda en

propiedad se ha convertido en una pauta cada vez más determinada por la edad, con tasas crecientes en los grupos de personas de mayor edad y decrecientes entre los de menor edad durante la mayor parte de la última década. Muy probablemente, ello se debe al rápido aumento del coste de la vivienda, algo que ha favorecido de una forma desproporcionada a las personas ya propietarias (de mayor edad), en términos tanto de circunstancias residenciales como de riqueza. No obstante, también se observa que los más jóvenes están recurriendo cada vez más al hogar paterno mientras negocian otras transiciones hacia la edad adulta, incluidas la educación y la incorporación al mercado de trabajo. Aunque obedezca más a una necesidad que a una elección, no por ello debe ignorarse el protagonismo creciente que desempeñan los padres en la provisión de un hogar para sus descendientes adultos.

Si bien autores como Griffiths (2011), Howker y Malik (2010) y Willetts (2010) aportan matizaciones importantes al respecto a nivel macro, lo cierto es que las generaciones jóvenes afrontan muchas más dificultades para disfrutar de una vivienda en propiedad. Al plantear esta cuestión en términos de conflicto intergeneracional, algunos de estos autores pasan por alto que tal efecto se ve amortiguado por la ayuda que prestan los padres permitiendo a los hijos jóvenes prolongar su estancia en el hogar

familiar, ya sea permanente o intermitentemente. Bien es cierto que los jóvenes de familias desfavorecidas pueden encontrar más dificultades para obtener dicha ayuda, debido a relaciones conflictivas o a las limitaciones existentes en la vivienda. Además, los autores que perciben un “acaparamiento” de viviendas entre las generaciones de más edad (Griffiths, 2011) hablan de una tendencia que realmente ha variado muy poco en los últimos 15 años al menos, ya que, entre 1993 y 2008, el ratio de dormitorios por persona apenas ha aumentado un 10 por ciento entre las personas mayores de 65 años. El cambio sobre el que alertan estos autores no es una variación del comportamiento *en sí*, que llevaría consigo que más personas mayores estuvieran viviendo en casas inadecuadas para sus necesidades; se trata más bien de la evolución demográfica del Reino Unido, como consecuencia de la cual el impacto de comportamientos habituales entre las personas mayores adquiere ahora mucha mayor visibilidad.

abandonan la enseñanza a tiempo completo y se incorporan al mercado de trabajo. El mercado educativo y el de trabajo han cambiado sustancialmente, tanto para jóvenes como para mayores, en las últimas décadas. Se espera cada vez más que las generaciones sean autosuficientes y permanezcan en el mercado de trabajo el máximo tiempo posible. Se confía en que los recién llegados al mercado de trabajo aprovechen su mayor nivel de capital educativo para triunfar en el mundo laboral. Según los datos de la BHPS, en 1991, el 13 por ciento de las personas con edades comprendidas entre los 21 y 23 años poseían un grado o un postgrado universitario; en 2008, ese porcentaje casi se había duplicado, situándose en el 25 por ciento. El anterior gobierno laborista mantenía el tan publicitado y ambicioso objetivo de que el 50 por ciento de los escolares cursaran estudios universitarios. El número de estudiantes aumentó y, como consecuencia, la proporción de NINIs (personas que NI estudian, NI trabajan, NI se forman para el empleo) descendió entre 1991-2008, especialmente entre los más jóvenes (Gráfico 3).

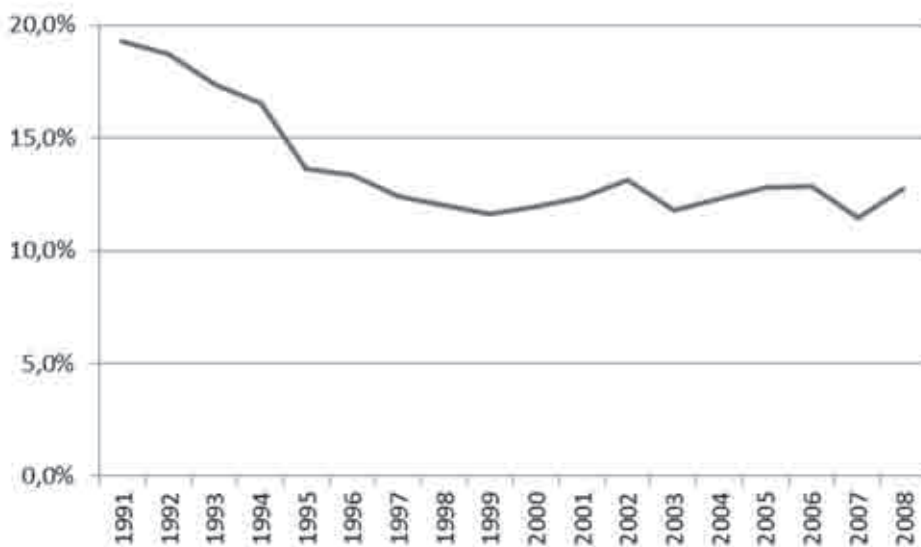
2.2 Educación y empleo

Parte de la tendencia hacia tasas de vivienda en propiedad más bajas podría obedecer a cambios en los demás marcadores de la transición hacia la edad adulta, incluida la edad a la que los jóvenes

Ahora bien, la crisis económica y la aparente insostenibilidad del modelo de financiación de la enseñanza superior llevaron al gobierno a poner en marcha una revisión de este último. Dicha revisión, bautizada como *Browne Review*, postulaba

GRÁFICO 3

EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE NINIs (PERSONAS QUE NI ESTUDIAN, NI TRABAJAN, NI SE FORMAN PARA EL EMPLEO) ENTRE LOS JÓVENES DE 16 A 24 AÑOS



Fuente: British House Panel Survey.

la supresión del límite existente para las tasas universitarias (el coste anual de asistir a un curso universitario, sin incluir manutención y alojamiento), establecido en 3.225 libras (Browne, 2010). El gobierno adoptó una decisión de compromiso parcial y mantuvo un límite máximo para las tasas, pero aumentándolo significativamente: 9.000 libras anuales. Si bien se alegó que las universidades tendrían que justificar el cobro de semejante cantidad a los estudiantes y que solo podrían establecerla en ese límite máximo excepcionalmente, lo cierto es que la mayoría de las universidades ya están cobrando esa cantidad (BBC, 2012). Los préstamos estudiantiles y su reembolso con posterioridad a la consecución de un empleo constituyen la única vía que tienen muchos estudiantes para costearse la universidad. Para las nuevas cohortes de gente joven, la toma de conciencia de que cursar estudios universitarios les puede costar al menos 21.000 libras en tasas (sin contar el coste añadido de la incorporación tardía al mercado de trabajo y los gastos de manutención y alojamiento) ha resultado probablemente muy difícil de digerir, habida cuenta de que la medida ha sido adoptada por parlamentarios que disfrutaron de una educación superior gratuita y recibieron becas para sufragar los gastos de manutención y alojamiento. Esta constatación podría estar viéndose agravada por el hecho de que la rentabilidad de las cualificaciones de la educación superior está deteriorándose. En el sistema actual, los estudiantes pagan por un activo que supone cada vez más una apuesta en términos de rentabilidad futura en el mercado de trabajo, con un número creciente de licenciados universitarios desempeñando empleos para los que están sobrecualificados (Green y Zhu, 2010). Asimismo, se teme que el alto coste de las matrículas genere un sistema dual, que desincentivará a los estudiantes procedentes de familias menos acomodadas⁴.

En términos intergeneracionales, estos son factores que no tuvieron que considerar las cohortes anteriores que deseaban cursar estudios superiores. En 2010, los estudiantes de bachillerato también se han encontrado con un recorte de la *Education Maintenance Allowance* (EMA), gracias a la que muchos estudiantes entre 16 a 18 años de familias con escasos recursos han podido cursar estudios de enseñanza secundaria no obligatoria. Algunos analistas han identificado el incremento del precio de las matrículas universitarias y la supresión

⁴ Especialmente, los de familias de clase obrera alta y de clase media baja, a los que estas medidas no les brindan ninguna protección; en cambio, sí se han tomado medidas para proteger a los estudiantes de las familias más pobres.

de las becas EMA como causas de los disturbios del verano de 2011. En este sentido, conviene resaltar que tanto una como otra medida fueron específicas de Inglaterra, el escenario de las revueltas, ya que no se aplicaron en el resto de territorios que integran el Reino Unido.

Si bien el gráfico 3 muestra el descenso de la proporción de jóvenes NINIs desde finales del siglo XX hasta principios del XXI, los datos más recientes indican que son los jóvenes quienes se han llevado la peor parte de los efectos de la crisis económica y la recesión posterior. El desempleo juvenil ha subido hasta su tasa más alta desde comienzos de los años noventa, con más de un millón de jóvenes de 16 a 24 años parados a finales de 2011. Además, si consiguen un empleo, los jóvenes trabajadores de ahora no pueden esperar un “trabajo de por vida” (permanecer en la misma empresa y progresar dentro de una sola empresa), como en otros tiempos sucedía con los trabajadores de mayor edad.

Ciertamente, las experiencias en el mercado de trabajo de las personas mayores están transformándose de otras maneras, y si bien los cambios en el sistema educativo han afectado negativamente a los jóvenes, también la población mayor se está viendo perjudicada por muchos de los cambios introducidos en el sistema de pensiones. Actualmente, los hombres se pueden jubilar con una pensión pública a los 65 años; las mujeres, que podían hacerlo a los 60 años, han visto aumentar la edad de jubilación también hasta los 65 (aumento que se aplicará gradualmente desde 2010 a 2018). El gobierno actual puso en marcha medidas para ampliar la edad de jubilación hasta los 66 años, de manera que tanto hombres como mujeres se jubilen a esa edad en el año 2020, y a los 68 años en el año 2046. La edad a la que podrán jubilarse los empleados del sector público también se irá posponiendo, y se espera igualmente que tengan que hacer mayores aportaciones a sus fondos de pensiones. Estas decisiones se han adoptado como parte de las medidas de austeridad para reducir el déficit presupuestario, pero también en respuesta al aumento de la esperanza de vida.

Así pues, desde una perspectiva intergeneracional, podría sostenerse que varias de las reformas relacionadas con la educación y el empleo están afectando negativamente tanto a jóvenes como a mayores. Con todo, el efecto del desempleo juvenil, de la decreciente rentabilidad de la educación y de la ingente deuda legada a la juventud podría incidir muy negativamente en su desarrollo durante varios años del ciclo vital. Además, si

muchas de las políticas que afectan a la educación, por ejemplo, han sido implementadas con rapidez, las referentes a la reforma de las pensiones se están aplicando a un ritmo mucho más lento. Por otra parte, la ampliación de la vida laboral justo cuando el desempleo juvenil se sitúa en su tasa máxima de los últimos 20 años podría agudizar las tensiones entre generaciones. Los datos recabados en 2009 mediante la *Encuesta de Actitudes Sociales Británicas*, antes de que se hiciera sentir plenamente el impacto de la recesión, mostraban una menor propensión de los grupos de edad más jóvenes a pensar que los empleadores debían hacer concesiones, en el lugar de trabajo, a los empleados mayores (el 18 por ciento de los encuestados entre 16 y 24 años así lo pensaba, frente al 28 por ciento de los encuestados entre 55 y 64 años)⁵. Asimismo, solo algo más de la mitad del grupo de entrevistados entre 16 y 24 años manifestaba su desacuerdo con la idea de que se incentivara la jubilación anticipada de las personas mayores, a fin de crear empleos para los jóvenes (frente a casi dos tercios de entrevistados de edades comprendidas entre 55 y 64 años). Dada la lentitud que registra la recuperación económica del Reino Unido, cabe esperar que se agudice dicha divergencia de opiniones entre generaciones.

2.3 Pautas de provisión de cuidados

El envejecimiento de la sociedad británica entraña varios retos, habida cuenta del aumento de una población cada vez mayor de ancianos que podrían tener unas necesidades de asistencia crecientes. El Reino Unido ha registrado durante varios años un aumento de la esperanza de vida, que no se ha visto acompañado de un incremento similar en las expectativas de salud. Allí donde los avances médicos han ayudado a reducir las tasas de mortalidad específicas de la edad, los niveles de prevalencia de algunas enfermedades no contagiosas han subido; además, otros indicadores de fragilidad y salud subjetiva tampoco han registrado mejoras significativas en los últimos años (Zaninotto *et al.*, 2010). Aparte de añadir presión a los servicios de salud, estos desarrollos suponen un desafío para los mecanismos existentes de asistencia social a mayores, que incluye servicios destinados a ayudarles en las actividades de la vida cotidiana, como asearse, alimentarse o vestirse. Los sistemas de cuidado formal se han desarrollado habitualmente en el marco de residencias y

⁵ Más información sobre este estudio puede hallarse en Kneale (2011).

centros asistenciales, así como a través de una serie de paquetes de asistencia a domicilio o de otros paquetes que incluyen cuidados de día (prestados por voluntarios no pertenecientes al hogar de las personas atendidas), al igual que los servicios provistos en unidades hospitalarias dirigidas por enfermeros. Los mecanismos de asistencia informal (o menos formalizada) constituyen una parte crucial de la asistencia social, desarrollándose tanto en el seno de las parejas y las familias, como en el de las comunidades.

Mientras que la asistencia sanitaria a las personas de cualquier edad ha sido generalmente gratuita en el punto de prestación, la asistencia social a personas mayores no es un derecho universal, lo que ha dado lugar a un sector asistencial de economía mixta en el que la mayoría de los servicios se prestan por proveedores privados (Howse, 2007). En los últimos años, la financiación de la asistencia social se ha convertido en un problema acuciante, como ha puesto de relieve la creación por decisión del gobierno de la Comisión Dilnot, encargada de estudiar una reforma de la financiación de los servicios asistenciales y de las ayudas a la dependencia en Inglaterra. Con los mecanismos actuales, particularmente la distinción entre servicios de asistencia social y sanitaria, muchos de los servicios que reciben los ancianos con necesidades asistenciales intermedias quedan al margen del espacio marcado por la barrera divisoria de la asistencia sanitaria/social (Lewis, 2001). A medida que avanza el envejecimiento de la población, muchos analistas han previsto una crisis de financiación de los servicios asistenciales (por ejemplo Berry, 2011b) si no se produce una reducción sustancial de la morbilidad. Algunos insisten en que se trata de una crisis tanto fiscal como estructural, y colocan en el centro del debate la falta de visión sobre cómo debe reformarse el actual sistema asistencial a largo plazo, y sobre los pasos necesarios para ejecutar esta reforma. Todo ello se refleja en la exigencia de que la reforma incorpore un enfoque más integrado de la prestación de los servicios sanitarios y asistenciales (Harvey *et al.*, 2011; Berry, 2011b).

La Comisión Dilnot sobre Financiación de los Servicios Asistenciales y de las Ayudas a la Dependencia, un organismo independiente creado para revisar los sistemas de financiación de los servicios sociales, propuso fijar un límite máximo a la contribución individual a los servicios asistenciales de 35.000 libras, financiando el Estado el coste adicional de los servicios asistenciales (Commission, 2010). Asimismo, propuso que el umbral a partir del cual cada ciudadano sería responsable de la fi-

nanciación de sus costes asistenciales se incrementara de 23.250 a 100.000 libras. Con la fijación de semejante límite se pretendía tanto asegurar que las personas fueran capaces de planificar sus propios costes asistenciales, como proteger el grueso del patrimonio acumulado por las personas mayores. Actualmente, los costes asistenciales pueden acarrear una pérdida patrimonial catastrófica para los ancianos, que podría acabar con los flujos patrimoniales intergeneracionales tradicionales y especialmente del patrimonio residencial. Se ha previsto que las reformas sugeridas cuesten al Estado unos 1.700 millones de libras. Si bien, en el caso de que las propuestas se hicieran realidad, la mayor parte de esta financiación provendría de las personas activas, las propuestas también contemplan gravar a las clases pasivas como medida de equidad intergeneracional.

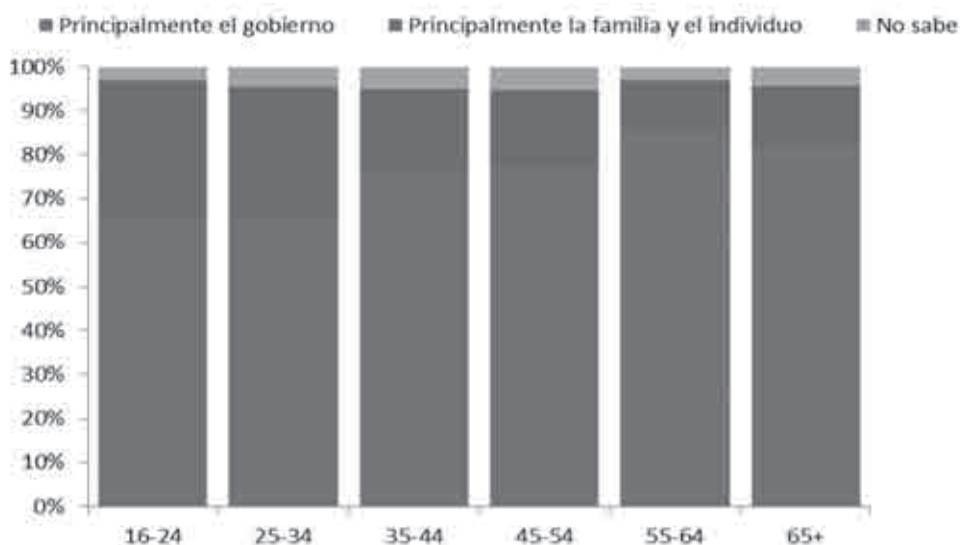
En su informe, la Comisión hacía asimismo hincapié en la función que desempeñan las familias y los asistentes informales en la asistencia social del Reino Unido. Al aceptar su mandato, la Comisión se comprometió a que sus propuestas permitieran la integración de paquetes de asistencia social con otros servicios tales como asistencia sanitaria y vivienda, extremo reiterado en la memoria final

elaborada por esta Comisión (Commission, 2011). En concreto, abogaba por animar a la gente a prevenir con antelación sus necesidades de asistencia en la vejez. El gobierno aún no ha respondido a las propuestas esbozadas por la Comisión Dilnot, y sigue sin estar claro si al menos una parte de sus recomendaciones será llevada a la práctica, aunque es probable que las políticas sociales futuras incorporen algunos aspectos.

Desde un punto de vista intergeneracional, las propuestas tendrían un impacto dispar en la armonización de las pautas asistenciales. En cierto sentido, si se implementaran, permitirían a las familias planificar con mucha antelación las necesidades asistenciales, al conocer de antemano el importe máximo de los costes asociados a ellas. Como ya se ha mencionado, puede que ese conocimiento evitara a los ancianos tener que vender sus casas y otros activos para sufragar los gastos de asistencia; de este modo, productos financieros vinculados a la vivienda y de otro tipo se convertirían en algo corriente y facilitarían la tradicional transmisión patrimonial de una generación a la siguiente. Ahora bien, desde otra perspectiva, un modelo de seguro social parcial como el propuesto por la Comisión podría resultar impopular entre las nuevas generaciones.

GRÁFICO 4

OPINIONES SOBRE QUIÉN DEBERÍA PAGAR EL COSTE DE LOS CUIDADOS DE LOS ANCIANOS INSTITUCIONALIZADOS



Pregunta: ¿Sobre quién debería recaer principalmente la responsabilidad de financiar las necesidades de cuidado de la gente mayor en residencias y hogares de ancianos?

Fuente: Encuesta de Actitudes Sociales Británicas.

Como se aprecia en el gráfico 4, según la *Encuesta de Actitudes Sociales Británicas*, los jóvenes muestran una propensión dos veces mayor a responder que son las propias familias y los ancianos quienes deben hacerse cargo del coste de la asistencia residencial, y no el Estado (el 31 por ciento de las personas de 16 a 24 años frente al 13 por ciento de los mayores de 65 años). Además, otro dato indicativo que arroja la BHPS es el que apunta que las sucesivas cohortes de jóvenes son más dadas a pensar que los hijos adultos deben asumir la responsabilidad de cuidar de sus padres ancianos, una pauta menos marcada entre los grupos de más edad. De acuerdo con esta fuente de datos, en 1994, solo el 36 por ciento de los jóvenes de 16 a 24 años estaba de acuerdo con que los hijos adultos debían ocuparse de sus padres ancianos, mientras que en 2008 la cifra correspondiente se situó en el 50 por ciento. Sin embargo, entre las personas de 55 a 64 años, el aumento era mucho más modesto: un tercio de los entrevistados de este grupo de edad suscribía esta opinión en 1994, frente a un 38 por ciento en 2008. Cabe destacar que, entre los mayores de 75 años, según la BHPS, la pauta era diferente: se manifestaba aquí un descenso a lo largo del tiempo de la proporción de quienes pensaban que los hijos adultos debían ocuparse de sus padres ancianos, pasando del 46 por ciento en 1994 al 34 por ciento en 2008. Esta evolución quizá obedezca a una creciente necesidad no atendida de asistencia pública de tipo formal, no cubierta por los cauces informales existentes.

Aunque en las propuestas de financiación de los servicios asistenciales se hacía hincapié en la función que desempeñan las familias y los proveedores informales en la prestación de cuidados, escaseaban las recomendaciones favorables a reconocer el estatus de los proveedores informales, la mayoría de los cuales tienen edades comprendidas entre 55 y 74 años. La BHPS arroja que alrededor de una cuarta parte de las personas dentro de este grupo de edad cuida de alguien, dentro o fuera del hogar (excluidos menores), manteniéndose dicha proporción de cuidadores prácticamente invariable entre 1991 y 2008. Es sorprendente que, pese al aumento en la proporción de personas mayores, y particularmente de los más ancianos (85 o más años), a lo largo de este periodo, las pautas asistenciales se hayan mantenido constantes. Esto podría apuntar a una mayor dependencia de recursos asistenciales formales para compensar cualquier deficiencia.

Análogamente, la proporción de personas de 65 o más años que viven con hijos (aproxima-

damente 11 por ciento en 2008) o nietos (alrededor de 2 por ciento en 2008) también muestra una gran estabilidad a lo largo del mismo periodo de tiempo, lo que sugiere que el aumento de la población de mayor edad no se ha traducido en un incremento de los hogares multigeneracionales (un canal de asistencia informal). Sí se observaron aumentos, no obstante, entre las personas de 55 a 64 años que vivían en hogares multigeneracionales (un modesto incremento de cuatro puntos, desde el 28 al 32 por ciento). Dado que también se apreciaron aumentos en la proporción de jóvenes residiendo en hogares multigeneracionales –en línea con lo afirmado en el apartado anterior sobre vivienda–, podría ser que este grupo de edad (55 a 64 años) estuviera ayudando cada vez más a jóvenes, económicamente o por otros medios, sin descuidar tampoco sus responsabilidades asistenciales con respecto a los miembros de la familia de mayor edad. Esta generación es la que ha venido en llamarse generación sándwich, toda vez que se ve obligada a hacer frente a una doble carga asistencial (Grundy y Henretta, 2006). Aunque se reconoce desde hace algún tiempo que las ‘mujeres de en medio’ podrían estar enfrentándose a una crisis asistencial (Bowers, 1987), los efectos de la actual crisis económico-financiera y la imposibilidad de los jóvenes de pagarse una vivienda han ocasionado un aumento considerable de este grupo de personas doblemente lastradas. El grupo de edad de 55 a 64 años se corresponde directamente con la generación del *baby boom*, una generación de la que algunos han dicho que está asumiendo una carga “mayor de la que le correspondería en justicia” (por ejemplo, Howker y Malik 2010), si bien las críticas se han dirigido generalmente a la vivienda, prestándose escasa atención a la asistencia y al cambio que también están experimentando los mecanismos asistenciales.

La evidencia aquí presentada muestra que ha aumentado moderadamente la proporción de personas entre 55 y 64 años según las cuales los hijos adultos deben ocuparse de sus padres, aunque es mucho mayor el aumento del porcentaje de jóvenes que comparte esta opinión. Es difícil determinar si este es un efecto de la cohorte o del periodo, y si la actual generación de jóvenes mantendrá a lo largo de su ciclo vital estos altos niveles de acuerdo con que los hijos adultos asuman la responsabilidad de cuidar a sus padres ancianos. El sistema actual de financiación de los servicios de asistencia social ha provocado la aparición de desigualdades sustanciales en la prestación de tales servicios. Las nuevas propuestas pretenden reducir estas desigualdades y reconocer como derecho

humano una asistencia social de buena calidad a quienes precisen asistencia, tanto si se presta formal como informalmente, es decir, a través de la familia.

No obstante, desde un punto de vista intergeneracional, las propuestas también incorporan efectivamente un sistema de seguro social, y de nuevo se espera que los jóvenes contribuyan a este sistema, quizá de una forma desproporcionada, en un momento en el que las cohortes más jóvenes expresan crecientemente la opinión de que el cuidado de los ancianos es fundamentalmente cosa de sus propios hijos adultos. Como ya se ha apuntado, es esta una época en la que se está pidiendo a los jóvenes que contribuyan más de lo que lo hicieron, a su misma edad, las cohortes anteriores. Aun así, debería recordarse igualmente que la evidencia disponible muestra escasos cambios en los niveles de asistencia prestada por los miembros de la "generación sándwich" –personas de mediana edad con padres ancianos en situación de dependencia; y ello a pesar de la mayor probabilidad de que los miembros de este grupo asuman algún tipo de responsabilidad asistencial con respecto a sus hijos, y también a pesar de que se espere de él una mayor permanencia activa en el mercado de trabajo.

3. RESUMEN Y CONCLUSIONES

Si bien el examen completo de las relaciones intergeneracionales escapa al objetivo de este artículo, aporta una imagen indicativa de algunos de los principales debates actuales sobre políticas públicas relativas a temas clave del discurso intergeneracional: vivienda, educación, empleo y servicios asistenciales. La postura que aquí he defendido subraya que tanto las nuevas como las viejas generaciones se enfrentan en la actualidad a diferentes expectativas, si bien las nuevas tensiones se localizan singularmente en las generaciones más jóvenes. Esta posición es compartida por otros autores, según los cuales las generaciones mayores no se favorecen tanto por políticas sociales *en sí*, cuanto por las fluctuaciones de los mercados económicos (Higgs y Gilleard, 2010; Bradshaw y Holmes, 2011). Una copiosa investigación muestra asimismo cómo, en términos agregados, se mantienen las pautas tradicionales de los flujos patrimoniales de una generación a otra, aunque varíen el tipo y la intensidad de los cuidados que se prestan entre ellas (Albertini *et al.*, 2007).

Ciertamente, en el caso de la vivienda, el empleo y la asistencia, se observa un cambio en las expectativas que se tienen actualmente con respecto tanto a las generaciones de jóvenes como de mayores. Por ejemplo, a nivel macro, el encarecimiento de la vivienda y otros cambios sociales están llevando a posponer el acceso de los más jóvenes a la vivienda en propiedad. El constante aumento del precio de la vivienda favorece desproporcionadamente a los propietarios existentes, que forman parte de las generaciones de más edad. Como consecuencia, a nivel micro, los jóvenes tienen que permanecer más tiempo en el hogar familiar o recurrir a la ayuda familiar para acceder a la vivienda en propiedad, transformando así las expectativas existentes tanto respecto de la gente joven como de la mayor.

Posiblemente, ambas generaciones estén experimentando cambios en las expectativas que se les plantean en muchos de los ámbitos explorados en este y otros ensayos. Se estaría entonces produciendo algo similar a una ruptura y renegociación de contratos sociales y de las expectativas con respecto a las generaciones. Ahora bien, conviene señalar que la emergencia de nuevas expectativas respecto a ambas generaciones no significa necesariamente que estas sean de la misma magnitud, por lo que podrían agravar las desigualdades entre generaciones. Por otra parte, muchos de los cambios (en particular, la redefinición del apoyo que se espera que presten las generaciones mayores) podrían ocasionar desigualdades adicionales en el seno de las generaciones entre quienes disponen y quienes carecen de apoyo familiar. Los cambios propuestos en la política de financiación de la asistencia social van dirigidos, en parte, a paliar las desigualdades en los cuidados prestados a las personas mayores; sin embargo, muchas políticas podrían provocar más desigualdades sociales entre las generaciones jóvenes. Por ejemplo, se ha demostrado que la introducción de tasas universitarias ha tenido un efecto negativo en la participación en la enseñanza superior (Dearden *et al.*, 2011), lo que podría suponer que los jóvenes de familias de clase obrera alta y clase media baja, en particular, no puedan acceder a la enseñanza universitaria. Una vez en el mercado de trabajo, es probable que los jóvenes también comprueben que la rentabilidad de la educación superior se ha reducido y que las vías tradicionales de movilidad social resultan menos eficaces. Las vidas de los jóvenes que entran en la edad adulta parecen caracterizarse por unos niveles de inestabilidad mayores.

El título de este artículo hace referencia al contrato social entre generaciones. La mayor longevidad obliga a una cierta renegociación del contrato social entre generaciones y, sobre todo, a un análisis más riguroso de lo que ocurre en las generaciones mayores. Comprendemos mejor lo que espera a las generaciones jóvenes en virtud de dicho contrato social, ya que los deberes de los jóvenes en la sociedad están definidos mucho más claramente que las responsabilidades que incumben a las personas mayores. Existe todavía un amplio margen para valorar el papel que desempeñan las personas mayores en términos cívicos, y hay razones para pensar que las generaciones de gente mayor desean seguir social y cívicamente activas después de la jubilación. Por ejemplo, los datos del Estudio Longitudinal sobre el Envejecimiento (*English Longitudinal Study of Ageing*) señalan un aumento del 4 por ciento en el número de voluntarios en un periodo de tiempo relativamente corto (2002-2008); es posible que también se estén produciendo otros cambios en cuanto a la mayor permanencia en la actividad laboral y la asistencia prestada por abuelos, entre otros ámbitos (Smith Koslowski, 2009). Desde una perspectiva del ciclo vital, la existencia de nuevas legiones de personas mayores que estarían listas, dispuestas y capacitadas para asumir nuevas funciones en la sociedad constituye un fenómeno relativamente nuevo. Tales podrían ser las funciones que ya mantienen activas a las personas mayores; la falta de evidencias suficientes sobre el desempeño de estas funciones podría reflejar tanto las ideas estereotipadas sobre las personas mayores, como el escaso valor que se ha otorgado históricamente a las funciones asistenciales y al voluntariado.

Este artículo comenzó con una exploración de las relaciones intergeneracionales a raíz de los disturbios de 2011. En su análisis preliminar de la causa de los disturbios, Birch y Allen (2011) hallaron que el desdén hacia la clase política y los comportamientos de expolio político entre las clases más altas representaron los principales factores asociados a las revueltas que prendieron entre los jóvenes. Con todo, el debate en torno a la equidad entre las generaciones llevaba varios años fraguándose antes de que estallaran los escándalos políticos, y es probable que continúe en el futuro inmediato, lo que sugiere que las causas profundas también podrían tener unas explicaciones más lejanas en el tiempo.

Uno de los retos inherentes a la investigación y el análisis de las relaciones intergeneracionales es que cada generación representa un amplio

rango de cohortes, cada una de ellas sujeta a presiones sociales muy diferentes. Establecer comparaciones entre generaciones nuevas y anteriores es relativamente simple, pero no lo es tanto dotar de significado a dichas comparaciones. Del mismo modo, hallar una solución o un punto de vista único para explicar diferencias entre generaciones en distintos ámbitos del ciclo vital es, cuando menos, muy complicado. No obstante, merece la pena avanzar unos cuantos mensajes. En primer lugar, si bien han surgido nuevas expectativas con respecto tanto a las generaciones jóvenes como mayores, para los jóvenes actuales muchas de ellas son inevitables, lo que no se aplica necesariamente en el caso de las personas mayores. En segundo lugar, algunos ámbitos especialmente importantes para los jóvenes sí parecen haber cambiado, dificultando el progreso de las nuevas generaciones. Estos cambios también podrían reducir la movilidad social entre las generaciones jóvenes. No obstante, las generaciones mayores también tendrán que hacer frente a problemas nuevos. Cierto es que las propuestas de reforma de la financiación de la asistencia social en el Reino Unido representan una vía positiva para reducir las desigualdades entre personas mayores, pero otros cambios introducidos en las políticas públicas podrían suponer desventajas para este colectivo, si bien la falta de información sobre las cambiantes transiciones a lo largo del ciclo vital y las tareas que desarrollan las personas mayores podría hacer que estas últimas no se tuvieran suficientemente en cuenta. En este argumento radica el tercer punto que conviene destacar: la falta de reconocimiento de las funciones que desempeñan y podrían desempeñar las personas mayores. A este respecto, sí es preciso renegociar el contrato social en consonancia con los cambios demográficos, a fin de que podamos sacar partido del potencial de una población cada vez más envejecida; esto podría llevar a exigir más de los mayores o simplemente a reconocer el valor de las funciones que ya desempeñan actualmente.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERTINI, M.; KOHLI, M. y C. VOGEL (2007), "Intergenerational transfers of time and money in European families: Common patterns or different regimes?", *Journal of European Social Policy*, 17(4): 319-334.

ALDRICK, P. (2010), "Mortgage lending hits 10-year low", *The Telegraph*, 21 de diciembre.

BBC NEWS (2011), "England riots: Broken society is top priority – Cameron", *BBC News*, 15 de agosto de 2011 (<http://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-14524834>).

BBC (2012), "University tuition fees list", *BBC News*, 12 de enero de 2012 (<http://www.bbc.co.uk/news/education-12880840>).

BERRY, C. (2011a), *Resuscitating Retirement Savings*, Londres, International Longevity Centre.

BERRY, C. (2011b), *Past Caring*, Londres, International Longevity Centre.

BIRCH, S. y N. ALLEN (2011), "'There will be burning and a-looting tonight': The social and political correlates of law-breaking", *Ethics and Integrity Working Papers*, Colchester, Universidad de Essex.

BOWERS, B. (1987), "Intergenerational care giving: Adult care givers and their aging parents", *Advances in Nursing Science*, 9(2): 20-31.

BROWNE, J. (2010), *Securing a Sustainable Future for Higher Education in England: An Independent Review of Higher Education Funding and Student Finance in England*, Londres, Department for Business, Innovation and Skills.

BUTTERWORTH, M. (2010), "Home buyers need 40pc higher deposit", *The Telegraph*, 6 de octubre.

BRADSHAW, J. y J. HOLMES (2011), "An analysis of generational equity over recent decades in the OECD and UK", *Gini Discussion Paper 11*, Amsterdam, AIAS.

COMMISSION ON FUNDING OF CARE AND SUPPORT [Dilnot Commission] (2010), *Call for Evidence on the Future Funding of Social Care and Support* (<http://www.dilnotcommission.dh.gov.uk/files/2010/12/1.1-Call-for-Evidence-FINAL-pdf.pdf>).

COMMISSION ON FUNDING OF CARE AND SUPPORT [Dilnot Commission] (2011), *Fairer Care Funding: The Report of the Commission on Funding of Care and Support*, Londres, HM Stationary Office.

CRACKNELL, R.; MCGUINNESS, F. y C. RHODES (2011), *General Election 2010*, Londres, House of Commons Library.

DEARDEN, L.; FITZSIMONS, E. y G. WYNESS (2011), *The Impact of Tuition Fees and Support on University Participation in the UK*, Londres, Institute of Fiscal Studies.

DCLG (Departamento de Comunidades y Gobierno Local) (2006), *English House Condition Survey*, Londres, DCLG (<http://www.communities.gov.uk/documents/housing/pdf/151990.pdf>).

DCLG (Departamento de Comunidades y Gobierno Local) (2011), *Mix-adjusted House Price Index and Annual House Price Change by Region*, Londres, DCLG (9,5).

ELDER, G.H. (1994), "Time, human agency, and social change: Perspectives on the life course", *Social Psychology Quarterly*, 57 (1): 4-15.

FREELAND, R. (2010), *Book Review: The Pinch: How the Baby Boomers Took Their Children's Future - And Why They Should Give it Back*, Londres, International Longevity Centre.

GREEN, F. e Y. ZHU (2010), "Overqualification, job dissatisfaction, and increasing dispersion in the returns to graduate education", *Oxford Economic Papers*, 62(4): 740-763.

GRIFFITH, M. (2011), *Hoarding of Housing: The Intergenerational Crisis in the Housing Market*, Londres, Intergenerational Foundation.

GRUNDY, E. y J.C. HENRETTA (2006), "Between elderly parents and adult children: a new look at the intergenerational care provided by the 'sandwich generation'", *Ageing and Society*, 26: 707-722

HARVEY, S.; McMAHON, L. y R. HUMPHRIES (2011), *Routes for Social and Health Care: A Simulation Exercise*, Londres, The King's Fund.

HIGGS, P. y C. GILLEARD (2010), "Generational conflict, consumption and the ageing welfare state in the United Kingdom", *Ageing and Society*, 30: 1459-1451.

HOWKER, E. y S. MALIK (2010), *Jilted Generation: How Britain has Bankrupted its Youth*, Londres, Icon Books.

HOWSE, K. (2007), *Health and Social Care for Older People in the UK: A Snapshot View*, Oxford, Oxford Institute of Ageing.

KNEALE, D. (2011), *Can Localism Work for Older People in Urban Environments? Perspectives from the British Social Attitudes Survey*, Londres, International Longevity Centre.

KNEALE, D.; LUPTON, R.; OBOLENSKAYA, P. y R. WIGGINS (2010), *A Cross Cohort Description of Young People's Housing Experience in Britain over 30 Years*, Londres, Institute of Education (<http://repec.ioe.ac.uk/REPEC/pdf/qsswp1017.pdf>).

KNEALE, D. y W. SIGLE-RUSHTON (2010), *Transitions to Adulthood by Housing Status: A Cross Cohort Comparison* (Informe presentado ante la Junta Annual, de 16 de abril de 2010, de la *Population Association of America*) (<http://paa2010.princeton.edu/download.aspx?submissionId=101286>).

LEWIS, J. (2001), "Older people and the health-social care boundary in the UK: Half a century of hidden policy conflict", *Social Policy and Administration*, 35(4): 343-359.

QUILTY-HARPER, C. A. W.; BECKFORD, M. y E. MALNICK (2011), "UK riots: suspects, statistics and cases mapped and listed", *The Telegraph*, 12 de agosto.

ROSS, A.; LLOYD, J. y M. WEINHARDT (2008), *The Age of Inheritance*, Londres, International Longevity Centre (http://ilcuk.org.uk/files/pdf_pdf_58.pdf).

SMITH KOSLOWSKI (2009), "Grandparents and the care of their grandchildren", en: STILLWELL, J.; COAST, E. Y D. KNEALE (eds.), *Fertility, Living Arrangements, Care and Mobility*, Dordrecht, Springer.

WILLETTS, D. (2010), *The Pinch: How the Baby Boomers Stole Their Children's Future*, Londres, Atlantic Books.

ZANINOTTO, P.; NAZROO, J. y J. BANKS (2010), "Trends in disability", en: BANKS, J.; LESSOF, C.; NAZROO, J.; ROGERS, N.; STAFFORD, M Y A. STEPTOE (eds.), *Financial Circumstances, Health and Well-being of the Older Population in England: The 2008 English Longitudinal Study of Ageing*, Londres, The Institute of Fiscal Studies.